

caballería andante es el Bien mismo y propio de cada cosa y de cada hombre, pues correponde y no por especulación o mezquina conveniencia.

El caballero no ha de ser hombre de partidos y de facciones, que tantas veces adjetivan la Verdad hasta desfigurarla, hasta el desprecio, hasta el manoseo y el escarnio, tomándola de rehén.

En estas páginas que Ayuso enhebra y que es de justicia agradecerle, queda felizmente claro que todavía podemos tener en Chesterton un peregrino desinteresado y jovial, amigo de la verdad y de los hombres, caminando con nosotros, instándonos al combate sufrido, denodado y riante, puesto él mismo a la cabeza.

Si Don Quijote dejó al fin sus empecinadas caballerías — y esto corre por nuestra cuenta — quizás ya entrevió que su tiempo había acabado y que un nuevo tiempo venía a tratar de barrer el heroísmo generoso. Tal vez no sea fantasioso pensar que Quijote sabía que no habría él mismo de poder con ese tiempo.

Siglos más tarde, menos enjuto que él pero cristianísimo como él, bien podría nuestro inglés ser un Sancho redivivo, el apóstol rotundo del hombre común, como heredero de su señor Don Quijote, ahora su hermano y vuelto él mismo un Caballero Andante.

EDUARDO B. M. ALLEGRI

**Ignacio Echániz, S. J.: PASIÓN Y GLORIA.
LA HISTORIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN SUS
PROTAGONISTAS. OTOÑO INVIERNO.
SEGUNDA PRIMAVERA (*)**

El jesuita Echániz completa, en este segundo volumen, la serie de semblanzas de sus hermanos de Orden que eligió como más apropiados para darnos una imagen de la Compañía de Jesús, verdadera gloria de la Iglesia católica durante muchos años. Toda selección es discutible y podrían incluirse muchos

(*) Mensajero, Bilbao, 2000, 450 págs.

otros, o prescindir de algunos, sin que la obra perdiera o ganara gran cosa. Me refiero a los jesuitas históricos, pues los criterios para los contemporáneos son mucho más discutibles.

Las semblanzas son ágiles, caracterizan bastante bien al personaje y ciertamente reflejan la importancia de la fundación de San Ignacio en la Iglesia. Entre los miles y miles de jesuitas, no pocos de ellos fueron de no escasa relevancia eclesial y algunos figuras realmente insignes. No pocos de los citados fueron españoles, lo que no es de extrañar dado el peso de nuestra patria en la Compañía.

No voy a entrar yo en la polémica probabilismo-probabilismo que ha hecho correr ríos de tinta y que enfrentó al general español Tirso González con su Compañía. La semblanza no es favorable, pero esa es la doctrina oficial interna. Allá ellos. Yo personalmente prefiero la tesis menos rigorista, que fue la sostenida siempre por los jesuitas, pero, con lo que hoy está cayendo, esas polémicas de escuela son menudencias.

Juzgo acertadas las de los confesores reales —Nidhard, siempre le había visto citado por Nithard, La Chaize y Le Tellier. Y las de los que Echániz agrupa bajo el epígrafe de predicadores: el gran portugués Antonio Vieira, personaje polimórfico, apasionante y apasionado, Segneri, Bourdaloue, al que con toda justicia se calificó de "rey de los predicadores y predicador de los reyes", *magnus in omnibus*, como se le calificó, con premonitoria visión al término de sus estudios, San Francisco de Gerónimo, apóstol de Nápoles, Baldinucci, nuestro gran Pedro Calatayud, que recorrió España convirtiendo a los pecadores y enfervorizando a los pueblos, sólo comparable a su contemporáneo, algo más joven, el capuchino Diego José de Cádiz. Fue, sin duda, en sus días, "el jesuita más prestigioso de España", personaje curioso, pionero de los estudios sobre el vascuence y defensor de los fueros de Guipúzcoa, confesor de Mariana de Neoburgo en su destierro de Bayona, defensor de causas perdidas, Manuel de Larramendi es de los que pudiendo figurar en esta nómina, tampoco pasaría nada por no aparecer.

Schall y Verbiest, alemán el primero y flamenco el segundo, son también de los suprimibles. Valiéndose de su ciencia logra-

ron notable prestigio en China y persecuciones sin cuento. La cuestión de los "ritos chinos" es demasiado conocida para que entremos en ella. Y lo mismo cabe decir de Beschi entre los tami-les y de Zipoli entre los paraguayos. Los que Echániz califica de pioneros bien se podrían llamar los aventureros. Marquette y el Mississippi, Kino, Salvatierra y Ugarte y California, Gumilla y el Orinoco, Andrade, Gruber y Desideri y el Tibet. En los confines del mundo los jesuitas arrostraban toda clase de peligros. La historia de sus hazañas era en verdad una apasionante novela de aventuras.

Y llegó la hora de la tragedia. La persecución de las monarquías católicas que terminarán consiguiendo de Clemente XIV la extinción de la Compañía de Jesús. Hasta ese momento, la persecución implacable al pobre Malagrida a manos de Pombal, la bancarrota de Lavalette, que precipitó la disolución de la Compañía francesa, la expulsión de España con especial mención a Pignatelli, el único jesuita que comparecerá en dos ocasiones, hasta la extinción pontificia con la consiguiente prisión del general Ricci que morirá en Santángelo, "cordero acorralado por una jauría de lobos".

La Compañía sobrevivió en el frío. Czerniewicz fue la gran figura que jugó con la ambigüedad del obedezco y no obedezco, del Papa y la zarina, del no existo y existo. Mientras tanto, la persecución de la Revolución francesa que acabó con la vida de varios ex-jesuitas, al estar disuelta la Compañía. Hasta, de nuevo, Pignatelli, el restaurador. Mientras tanto, en Rusia, Gruber, mantenía aquel pequeño núcleo que permite decir que, pese al breve de extinción, los jesuitas siguieron subsistiendo.

La Compañía restaurada es ya siglo XIX. El general Roothan encabeza las semblanzas. Y aquí comienzan las sorpresas. Resulta que "se había formado en la Compañía rusa, alejada de los acontecimientos que conmocionaron el continente europeo, hostil a las novedades que venían de Francia (no todas malas), cerrada al liberalismo y a la modernidad". Era, sin duda, un integrista reaccionario contrario a la modernidad. Aunque la semblanza termina siendo favorable a Roothan, fue un gran general de la Compañía, tomemos nota de estas reservas: "No se sintonizó con

el siglo XIX como había sintonizado Ignacio con el siglo XVI". Esto es una estupidez aunque la diga Padberg y la haga suya Echániz. Su misma relación de los hechos que le tocó vivir a la Compañía, expulsada y perseguida en numerosos lugares, demuestra la imposibilidad de cuadrar el círculo. ¿Cómo iba a sintonizar con sus perseguidores que, además, la perseguían por ser la Compañía de Jesús? Sólo renunciando a su carisma fundacional, a su cuarto voto, a la defensa de la Iglesia.

Ryllo fue una fuerza de la naturaleza, un pintoresco personaje y un jesuita atípico. De Smet otro de aquellos aventureros que merecería figurar en el capítulo dedicado a ellos si no fuera porque fue más de un siglo posterior. El español San Román lleva como encabezamiento de su semblanza este significativo título: "Expulsado de siete países". Por jesuita. Y seguramente porque no supo sintonizar con las generosas intenciones de sus perseguidores. Bien expulsado estaba por ser un cerrado integrista. Y, además, aristócrata. ¡Qué falta de vista y de capacidad de integración la de esta gente!

Hopkins, un converso del anglicanismo e importante poeta. Lievens fue un apóstol de la India y uno de los primeros que debieron empezar a ocuparse de, además de salvar almas, de corregir las injusticias de que eran objeto sus indios. Pero en todo momento tuvo clarísimo cuál era su principal cometido. Berthieu, admirador del padre Ramière, una de las llamativas ausencias sin duda por no parecerle a Echániz "políticamente correcto", apóstol y mártir de Madagascar. Cuatro jesuitas asesinados por los boxers en 1900. Nuestro famosísimo padre Tarín, "el león de Cristo", infatigable misionero de Andalucía, Extremadura, La Mancha y Murcia, integrista, como toda la Compañía de entonces, que "traía un pentecostés por dondequiera que pasaba". Lo de Miguel Mir extraña un poco. Fue jesuita pero abandonó la Compañía por voluntad propia, la consideraba un nido de integristas, y la hizo objeto de implacables denuncias en auténticos libelos. No cabe el irenismo de Echániz —"sus superiores pudieron haber sido más tolerantes y menos cicateros y no tomarlo tan a la tremenda"—, porque su carácter independiente y su voluntad de vivir como le diera la gana era incompatible entonces con la disciplina de la Orden.

Doyle es uno de esos casos menores que el autor ha incluido en su libre elección de personajes. No así nuestro hermano Gárate, ya en los altares desde su humilde cargo de portero. Era también integrista. A los "poyancos" —los que habían pasado por el destierro francés de Poyane, como el padre Tarín— se les había inculcado "una espiritualidad profundamente marcada por la piedad y la resistencia a los tiempos". ¿No perciben los lectores si no el abierto rechazo al menos la incomodidad? A quién se le ocurre resistir a los tiempos. Otro santo hermano. También español, había nacido en las Islas Canarias, aunque fue en Argentina donde vivió su andanza jesuítica, Figueroa, compaginó su humilde cometido de portero con otras actividades que estimaba compatibles con su actividad principal y en las que desarrollaba sus afanes apostólicos. Y no se le ocurrió quehacer mejor que difundir "la buena prensa". Aquel "canarión" de escasos estudios adquirió "una enorme erudición bibliográfica", estuvo en contacto con más de 25 editoriales nacionales y extranjeras, difundía los libros católicos y una clientela numerosa consultaba al hermano coadjutor la lectura más recomendable.

Kaszap es también otro caso voluntarista. Joven húngaro que quiso ser jesuita y al que la enfermedad se lo impidió. Apenas pocos meses de noviciado y tuvo que ser devuelto a su casa. Murió cristianamente antes de cumplir los veinte años. No así el padre Pro, martir de los Cristeros mejicanos. Caso ejemplar y paradigmático del jesuita de entonces, gloria de la Compañía y de la Iglesia. Dos víctimas de nazismo, Mayer y Delp, el primero muerto de muerte natural y el segundo ejecutado. Y dos víctimas del comunismo, el norteamericano de origen polaco Cizek y el albanés Luli, muertos ambos muchos años después ya en libertad. Me parece injusto el trato dado a ambos deplorables y perversos sistemas. Dos y dos. Y el único ejecutado lo fue por los nazis. La Iglesia, y la Compañía de Jesús, sufrieron mucho más del comunismo que del nazismo. Sin que esto signifique la más mínima simpatía por mi parte hacia el nazismo. Que no tengo ninguna. Pero a lo mejor, o a lo peor, algunos aún tienen alguna por el comunismo.

Nuestro padre Rubio, ya en los altares, es lo suficientemente conocido como para que digamos nada de él, salvo mencio-

narle con veneración. El chileno Hurtado fue más controvertido. Si, con toda justicia, al primero se le puede llamar el "apóstol de Madrid", me parece excesivo llamar al segundo "el apóstol de Chile". Que a su pensamiento y a su acción se les califique de "proféticos", palabra verdaderamente tan prostituida en los últimos tiempos aunque su utilización afortunadamente ya empieza a hacer crisis, es, por lo menos, sospechoso. Tuvo problemas con las autoridades de la Compañía y con los obispos. Lo que no es de extrañar si era un profeta. Y desde muy pronto "quedó la impresión de que sus principios no eran sanos: la necesidad de actuar por convicción personal y espíritu filial, minusvalorando la tradición, la disciplina religiosa y las observancias exteriores". Este galimatías requiere explicaciones. ¿Cómo se compagina la convicción personal y el espíritu filial si la convicción llega a la conclusión de que el padre está equivocado? Parece claro que la tradición y la disciplina religiosa no eran lo suyo. ¿Y las observancias exteriores qué son? Pregúntenselo a Echániz. Se le acusó de "falta de sumisión a la jerarquía, la acción política y el espíritu de división". Pero no había que preocuparse, era un profeta. No quiere ello decir que no cometiera el P. Hurtado obras excelentes a favor de unos pobres a los que tanto amaba. Pero no cabe duda de que fue un jesuita controvertido, con amigos y enemigos, posiblemente todos creyendo que querían lo mejor para su Iglesia.

El italiano Lombardi fue un hombre desbordante y desbordado. Paladín anticomunista, se hizo, desde la radio, popularísimo en Italia y ante las amenazas del partido precisa escolta personal. Sus osadías crecen y la reforma de la Iglesia que propone empieza a alarmar. Y hasta se distancia de Pío XII que tanto le había apoyado y con quien tantas entrevistas tuvo. El *Mundo mejor*, aventura en la que entonces se embarca, no es ya una obra jesuítica sino lombardiana en la que colaboran sacerdotes diocesanos y de otras órdenes y congregaciones religiosas. Y hasta corrige los Ejercicios ignacianos dándoles su sello personal. El éxito es notable pero enseguida surgen también las complicaciones. Quiere unificar su movimiento con los focolarinos y se le oponen la práctica totalidad de sus huestes. Él se empeña en seguir adelan-

te y sólo le detiene la prohibición terminante de su general Janssens. Pío XII, que tanto le había amado y tanto le había consentido, le hace su último regalo. Días antes de morir aprueba su obra. Juan XXIII "era temperamentamente opuesto al jesuita batallador. No le gustaban ni sus acentos patéticos ni su visión pesimista, de profeta apocalíptico, ni el carácter de conquista de sus campañas, ni el nombre de cruzadas que les daba". Tampoco su radical anticomunismo gustaba al Pontífice. Y terminó desautorizando un libro del jesuita. Con Pablo VI las cosas no mejoran y su obra se disuelve como un azucarillo.

La semblanza de Teilhard de Chardin es totalmente favorable. Y la de Lubac. Daniélou no existe. Y Rahner, a nuestro entender el teólogo más peligroso de estos últimos tiempos, es un "coloso", nada menos que "el Tomás de Aquino de nuestro tiempo". ¡Qué barbaridad! Y John Courtney Murray, el paladín de la libertad religiosa y el cardenal Bea, el hombre del ecumenismo, son otros de los hitos. ¿Qué había pasado en la Compañía? De ser los guardianes de la fidelidad habían pasado a la frontera si no la habían cruzado algunos. Siempre los jesuitas habían sido fronterizos. Se les encontraba en los rincones más apartados del mundo llevando la fe a donde nadie había llegado incluso hasta donde parecía imposible llegar. Pero ahora estaban en las fronteras de la ortodoxia. Y éstas son las glorias de Echániz.

Al lado de estos "colosos", magnificados por la prensa mundial, figuras mucho menos conocidas. Beyzym, que ejerció su ministerio entre los leprosos de Madagascar, el navarro Esteban, que murió prisionero de los comunistas chinos, el italiano Cairoli, apóstol de los parias de la India, tan dispuesto a soltar una bofetada como a sacrificarse por sus queridos feligreses. Le acusaron de independiente, rebelde y desobediente. Y en verdad lo era. Nuestro simpático padre Llorente, misionero de Alaska. Son figuras de segundo orden y como ellos podría hablarse de otros miles. Enomiya-Lasalle es otra cuestión. Le dio por el Zen y por conciliarlo con la música y la espiritualidad cristiana. Simplemente me parece una estupidez peligrosa. Aunque haya tenido gran éxito. El número de los necios es infinito.

El epílogo lleva el siguiente subtítulo: "Pedro Arrupe y compañeros mártires". Yo comprendo que un súbdito de Arrupe, identificado con sus ideales, quiera poner en buen lugar a quien por muchos años fue su preposición general. Pero al tratarse de uno de los peores generales que tuvo la Compañía la tarea es imposible. Echániz no oculta los hechos aunque intenta salvar al protagonista. Amonestado gravemente por tres Papas, llegando el tercero de ellos a despojarle del gobierno de los jesuitas y estableciendo por primera vez en la dirección de la Orden un sistema extraordinario para regirla por medio de un delegado pontificio, no es susceptible de una interpretación benévola. Por mucho que lo intente el autor. ¿Qué sus intenciones eran buenas? Sus intenciones son problema de su conciencia y el confesor. Lo que cuentan son las manifestaciones externas y ellas, no a quien esto escribe, que también, sino a Pablo VI, a Juan Pablo I y a Juan Pablo II les parecieron pésimas.

¿Adónde condujo el generalato de Arrupe? Nos limitaremos a recoger lo que dice Echániz: "La granítica estructura de antaño pareció rajarse. La tradición, la autoridad, la disciplina, se convirtieron en contravalores; se hizo moda despreciarlas. Hubo deserciones masivas; la Compañía se desangró". ¡Pues vaya mandato! Y a continuación Echániz no dice la verdad. "De los que quedaron, los razonables superaron la crisis asimilando lo bueno de lo nuevo. Pero un núcleo duro aferrado a la tradición exigía medidas drásticas, un retorno a lo antiguo y auténtico, una afirmación a ultranza de la autoridad". El núcleo duro no consiguió nada y, entre los que han quedado, y esa es la tragedia de la Compañía, muchos tienen las mismas ideas que los que se fueron. Por eso con Kolvenbach apenas ha habido rectificación. Se cortaron los hechos más escandalosos pero el mal sigue presente y actuante. Y ya es de aurora boreal cuando constata que algunos de los que salieron eran de ideas tradicionalistas como si fuera lo mismo cambiar la Compañía de Jesús por la de María... De María Isabel, María Luisa, María del Carmen... que es lo que hizo la mayoría de los que colgaron los hábitos, que abandonar la Compañía a la que ven irremisiblemente conducida al principio. Y no se puede juzgar por sus posiciones de hoy a algunos ex-jesuitas como

Malachi Martin o Ricardo de la Cierva. Si es cierto que el abandono del primero se debió a sus discrepancias con la línea progresista de la Orden, el segundo la dejó hace muchísimos años y no precisamente por sus ideas tradicionalistas que no eran esas, entonces, las del conocido historiador.

¿Por qué las malas relaciones de Pablo VI con Arrupe? Echániz lo atribuye a las denuncias integristas, tanto del interior como del exterior de la Orden. Pero, o las denuncias eran ciertas y era lógico el enfado del Papa o eran falsas. Entonces el Papa queda por un pobre hombre que se deja engañar por cualquiera que le iba con una calumnia contra Arrupe. No parece verosímil que podamos aceptar esto último. Las denuncias eran fundadísimas y mostraban hasta donde llegaba la crisis de la Compañía. Lo de las diferencias de temperamento es un recurso tan fácil como vano. Y la situación empeoró con sus sucesores, incluso en los brevísimos días en que Juan Pablo I ocupó el solio pontificio.

Después vienen los "mártires" más recientes, sobre todo en Iberoamérica. Del propio relato de Echániz, sumamente elogioso, resultan las evidentes motivaciones políticas que les movían. Rechazo absolutamente los crímenes deplorables. Sin la menor vacilación. Pero así como es meridiano que al padre Pro, por ejemplo, lo asesinaron por odio a la religión de Jesucristo, en estos casos es mucho menos evidente. Sin que ello reste nada a la barbarie de los asesinos. Dos jesuitas mozambiqueños y un obispo jesuita en Ruanda y un sacerdote indio y otro filipino, asesinados los cinco, cierran esta larga lista de miembros de la Compañía, santos no pocos, notables casi todos ellos humanamente hablando y, a partir de un momento dado, algunos de dudoso valor eclesial.

Cierra el libro una conclusión de apenas treinta y siete líneas. Que lleva este sugerente título: "¿Y si la Compañía desapareciera?". Creo que es la primera vez que veo que desde sectores oficiales de las Órdenes y Congregaciones religiosas se reconoce el peligro de desaparición de las mismas. Han pasado ya, al parecer, los días del disimulo y del aquí no pasa nada. En el Sínodo sobre los religiosos se ocultó deliberadamente la crítica situación del clero regular para no dar razones y reconocimientos a los que

llamaban "profetas de calamidades". Pero la enfermedad y la ruina no pueden disimularse mucho tiempo y terminan manifestándose con toda su gravedad.

Echániz suministra datos irrefutables. Los jesuitas eran 36.038 en 1965 y en 1999, treinta y cuatro años después, apenas alcanzaban la cifra de 21.673. La primavera posconciliar y el mandato de Arrupe se habían dejado en el camino nada menos que 14.365 jesuitas. Y cuando estas líneas se redactan apenas superarán los 20.000. Este impresionante descalabro se debe a la concurrencia de tres causas: un masivo abandono de religiosos que se secularizaron, los fallecimientos naturales y la caída en picado de las vocaciones que hoy hace de la compañía, al igual que otras órdenes y congregaciones religiosas, masculinas y femeninas, institutos verdaderamente estériles. Ciertamente que las secularizaciones masivas se han atenuado muy notablemente pero, en cambio, han aumentado espectacularmente los fallecimientos ya que más de treinta años de carencia de vocaciones han envejecido la fundación de San Ignacio que hoy es una verdadera pirámide invertida. Y esos fallecimientos todavía crecerán pues en estos momentos estamos ante una verdadera asociación de ancianos en la que seguramente más de la mitad de la Compañía supera los sesenta años. La política continuista de Kolvenbach, que se ha limitado a cortar los hechos más escandalosos pero sin atajar los gérmenes de secularización, indisciplina y pérdida del carisma y tradiciones que siempre caracterizaron a los jesuitas que hoy invaden el cuerpo del Instituto ha sido un parche pero no un remedio. Y la postura oficial sigue siendo la de aquí no pasa nada por la resistencia a reconocer sus errores y pecados. Siempre es mucho más fácil pedir perdón por los pecados de los demás que por los propios.

Se me dirá que ocurre lo mismo con casi todas las demás Órdenes y Congregaciones religiosas que no padecieron un Arrupe. Ciertamente. Pero es que el caso Arrupe tuvo un doble efecto. El propio, trágico para su instituto, y al ser la Orden más importante de la Iglesia, por número de miembros y por la multiplicidad de actividades, otro mimético que indujo a las demás órdenes y congregaciones, sobre todo a las femeninas, a imitar a

los jesuitas en la secularización. El resultado es un desastre sin paliativos.

Echániz supone que el descenso no se detendrá hasta el año 2040 en el que la curva alcanzará su mínimo de 14.814 jesuitas. El cálculo me parece optimista. Llegarán a los 14.000 bastante antes de ese año. Y pueden seguir bajando. Los fallecimientos de los próximos años van a vaciar casas y actividades mientras que continuarán llenándose las residencias de ancianos existentes y otras que se crearán.

El experimento, que no se ha hecho con gaseosa sino con las vocaciones de muchos jesuitas, ha sido un fracaso. Nadie me va a convencer de que los miles y miles de secularizados no tuvieron vocación. Claro que la tuvieron. En su inmensa mayoría. Pero esa vocación, no cuidada con la tradicional ascesis ignaciana, se perdió. Esa es la inmensa responsabilidad de Arrupe y de los demás superiores de la Compañía en estos años. Tampoco con los nuevos métodos entran novicios. Salvo un empeño suicida, que parece es el que impera hasta el momento, solo hay dos soluciones: volver a la tradicional Compañía, que fue hasta estos días honor y gloria de la Iglesia, entonando el *mea culpa* correspondiente o inventarse una tercera vía distinta de la actual. La seguida desde Arrupe lleva directamente a la muerte.

Parece que empiezan a reconocerlo. Ese es el valor fundamental del libro que venimos comentando. Apenas una página entre cuatrocientas cincuenta. Pero una página muy importante. De las otras cuatrocientas cuarenta y nueve ya hemos dado nuestra opinión. Se leen muy bien. Permiten conocer mejor a la Compañía. A la de siempre y a la de hoy. Pero esa última es la fundamental. Han hecho examen de conciencia y comienza la confesión de boca. ¿Existen el dolor de corazón y el propósito de la enmienda? Mucho nos tememos que todavía no. Pero es un paso importante.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGÜÑA